



Analectas

Apuntes de mi padre

Por: Augusto Dalmau

En un maletín de cuero negro, aquel que seguramente mi padre, don Sixtilio Dalmau, llevó consigo a sus reuniones y jornadas de trabajo, encontré una serie de manuscritos de gran valor por su contenido y que rápidamente identifiqué por su letra, un poco rauda pero dibujada con nitidez.

Al leer cada uno de sus escritos descubrí, emocionado, otra de las virtudes de un hombre que dedicó su vida entera a promover la educación y los servicios turísticos en

el Perú, a través de sus versos puedo entender esa mágica relación que siempre existió entre él y este país maravilloso, un lugar tan grande como su amor por la patria, y a la vez tan acogedor como siempre fue él con su familia y sus amigos, por eso, en esta publicación quiero compartir con ustedes parte de su intimidad hecho verso, una mirada del alma de aquel hombre que luchó indomablemente por hacer realidad la existencia de la universidad Le Cordon Bleu en el Perú.

***Augusto Dalmau, vicerrector de
la Universidad Le Cordon Bleu***

Fotografía: JNF / Universidad Le Cordon Bleu

Fragmento de minuto

He visto nacer las aguas del río en una fuente muy alta
y con cristalinas carcajadas resbalarse
por la espinosa ladera de un cerro rojizo
—quizá si teñido por la sangre de guerreros conquistadores, de caballeros de capa, de
aquellos que valientes y fieros luchaban por la elegida de su corazón—
y con quiebros de serpiente herida,
caer a los pies del bruto petrificado
y luego de pensar su ruta, de consultar con su sino,
enfilarse al azar dando tumbos, dando saltos.

Las he visto alegres burlar a las rocas de filudas caderas,
como burla un niño al peligro en su mano,
sonreír a los leños que corren dentro de sus gotas y lastiman sus carnes; y con jadeante
latido seguir su empinado camino, afrontando desconocidos misterios.

Más tarde, el reposo invade su mente y su cuerpo se inunda de sudor;
y tranquilas, perdidas, indagar su sendero
y en perezosas maneras estirar sus brazuelos
en inútil afán de jugar con los cerros que aprisionan su lecho.

En su devenir no miraron atrás y tarde, muy tarde,
casi entrada la noche en su vida,
se dieron cuenta de su lejanía
al sentir en sus labios el beso del mar.

Las he visto en su loca aventura
proseguir su camino hacia su meta segura,
y yo, las he sentido rasgarse las entrañas
y golpearse las sienes en estéril lucha
al tratar de apartar de su trocha
aquellas masas grisáceas que dificultaban su andar majestuoso.

Y he llorado al sentir en su alma la mía.

Y he llorado al saber tu desdén;
y me ha dicho aquel árbol de cuya sombra abusaba
y a quien mi mano nerviosa
le arrancó aquel trozo de vida para jugar impaciente,
que llore, que aumente las aguas del río
y yo no lo he hecho;
no quiero que beban las aguas amargas de mi dolor escondido.

Y he visto a las aguas seguir infinitas.

Escrito por: Sixtilio Dalmau Castañón

